

CAPÍTULO IV

Carlos VIII en Roma y Nápoles. La Santa Liga de Marzo de 1495.—Fuga del Papa. Los franceses se retiran de Italia.

El día de S. Silvestre de 1494, que los astrólogos habían declarado favorable, se dispuso Carlos VIII á verificar su entrada en la Ciudad Eterna. Por encargo del Papa le salió al encuentro, en las primeras horas de la mañana, el maestro de ceremonias Burchard, para arreglar las formalidades de su recibimiento, y encontró al Rey en la pequeña ciudad de Galera; pero Carlos VIII declaró, querer entrar sin ninguna pompa. A los diputados de la ciudad de Roma, que se hallaban con el maestro de ceremonias, les dió el Rey una respuesta evasiva y de sentido vago. «El Rey me hizo cabalgar á su lado, refiere Burchard, y me preguntó durante las cuatro millas largas del camino, tantas cosas sobre las ceremonias usuales, sobre el Papa y el cardenal César Borja y otros puntos, que apenas pude contestarle satisfactoriamente» (1).

En Borghetto salió á saludar al Rey el cardenal Sforza, y en Ponte Molle el cardenal Cibo. En la Puerta del Popolo fueron entregadas al gran mariscal del Rey, las llaves de todas las puertas de la Ciudad. La entrada de las tropas duró desde las tres de la tarde hasta las nueve de la noche. La Vía Lata, (el actual

(1) Burchardi Diarium, II, 216. Sanudo, Spediz. 163 s. Los preparativos para el recibimiento de Carlos VIII en Roma costaron 500 flor. auri de cam.
*Exitus, 527, f. 192. *Archivo secreto pontificio*.

Corso), alumbrada desde el anochecer con antorchas, estaba llena de una apretada muchedumbre de curiosos, de cuyos grupos se oían salir los clamores: «¡Francia, Colonna, Vincoli! (Juliano della Róvere)».

A la cabeza del ejército francés iban en largas hileras los suizos y los mercenarios alemanes; robustos mocetones que marchaban en buen orden, llevando el paso al sonido de las trompetas. Su vestido era corto, de varios colores y muy ajustado; algunos llevaban en el yelmo penachos de plumas. Esta excelente infantería iba armada de cortas espadas y lanzas de diez pies, hechas de fresno con agudas puntas de hierro; una cuarta parte de ellos llevaban, en vez de lanzas, terribles alabardas, aptas para herir de punta y tajo. A los suizos y alemanes seguían 5.000 gascones, casi todos armados de ballestas; por su poca estatura y falta de todo ornato en el traje, formaban desventajoso contraste con los suizos. En pos de ellos venían 2.500 caballeros de pesada armadura, con agudas lanzas y férreas mazas de combate; entre ellos la flor de la nobleza de Francia, resplandecientes con mantos de seda, preciosos yelmos y al cuello doradas cadenas. Cada caballero llevaba en pos de sí tres caballos: en el primero montaba un escudero armado, y en los otros, dos mozos de cuadra, asimismo armados. Los caballos eran grandes y poderosos; pero tenían, según la usanza francesa, cortadas las orejas y la cola. La caballería ligera que les seguía, se calculó en unos 5.000 hombres. Cada uno de ellos llevaba un grande arco, al estilo inglés, para arrojar largas saetas. Algunos iban provistos de cortos dardos, para herir á aquellos á quienes había derribado la caballería pesada. Los mantos estaban adornados con pasamanerías y galones de plata, imitando los blasones de sus jefes. 400 arqueros iban á los lados del Rey, y 200 caballeros franceses escogidos le rodeaban á pie, llevando al hombro férreas mazas de combate semejantes á pesadas segures; mas cuando montaban á caballo, iban armados como la caballería pesada, distinguiéndose sólo por la hermosura de sus caballos, y por el oro y la púrpura de que iban cubiertos.

Junto al monarca francés, cabalgaban los cardenales Ascanio Sforza y Juliano della Róvere, y detrás de él los cardenales Colonna y Savelli. Próspero y Fabricio Colonna, así como todos los generales italianos, cabalgaban confundidos con los nobles franceses. Hizo particular impresión de terror en los romanos, la

circunstancia de que los hombres y caballos y las banderas, parecían, á la vacilante luz de las antorchas, mayores de lo que eran en realidad; pero sobre todo excitó asombro y pavor el parque de artillería de los franceses: más de 36 cañones de bronce, los cuales rodaban por el suelo desigual de los campos con tan grande rapidez que podían seguir el trote de la caballería. Cada uno de ellos parecía tener más de ocho pies de largo, pesaba 6.000 libras y en su boca podía caber la cabeza de un hombre. Detrás seguían culebrinas, una mitad más largas, y falconetes, los menores de los cuales arrojaban balas del tamaño de una granada (1).

En la comitiva del Rey se hallaban, además de los cardenales ya nombrados, Juan de la Grolaie, Peraudi, Sanseverino y Lunati, los cuales le acompañaron hasta su morada en el palacio de San Marcos. La misma tarde ocuparon algunas secciones del ejército francés todos los puntos importantes de la Ciudad, y delante de la habitación del Rey se colocó una parte de la artillería (2).

Todos los cardenales, excepto Caraffa y Orsini, presentaron sus respetos al monarca francés, el cual les negó orgullosamente los honores que les eran debidos, haciendo sólo excepción en favor del cardenal Cesarini (3). Del Papa exigió Carlos que le entregara el castillo de Sant-Ángelo y la persona de Hixem, y que César Borja le acompañara hasta Nápoles. A 5 de Enero de 1495 había de celebrarse un consistorio para deliberar acerca de ello; pero

(1) Jovius, II, 41^b-42^b y además Jähns en «Grenzböten» 1875, II, 333 y 337 sobre la artillería de Carlos VIII. Cf. Sanudo, Spediz. 162 s. Burchardi Diarium, II, 217. Pilorgerie, 143 s. Sebast. de Branca de' Talini en Creighton, IV, 291. Las *Acta consist. registran también en pocas palabras la entrada de Carlos VIII: *Die ultimo Decembris 1495 (sic!) hora prima noctis Ser. D. Carolus Francorum rex per portam b. Mariae de populo intravit urbem cum exercitu suo et hospitatus est in palatio S. Marci. *Archivo consistorial*.

(2) Sigismondo de' Conti II, 86. Sanudo, Spediz. 164 s. Delaborde 508. Cf. Calaffini, f. 328 (donde la fecha está equivocada). *Biblioteca Chigi de Roma*.

(3) Burchardi Diarium I, 217-218. *Ego 2. Januarii 1495 post prandium immediate Suam M^{tes} conveni et in S. Marci palatio descendenti mihi dominus de Albeny se obviam dedit; regi postmodum me advenisse pronuntiavit qui per passus circiter quindecim mihi recurrit et complexus est non minus ac ego capite detecto, quod paucis aliis effecit. Ego regem alloquutus, card^{tes} S. Petri ad vincula, Gurcensem, Columnnam, Sabellum, qui regi astabant, amplexus sum. Sequenti post die card^{tes} S. Petri ad vincula visitavi, quo factum est, ut mihi pontifex retulerit, dictum sibi fuisse a tribus cardinalibus, me meum votum ipsi cardinali obtulisse, quod non cederet; Suam Beat^{tes} quietavi etc. Ex manuscriptis Juliani card. Caesarini. Cod. XXXIII, 48, f. 17 de la *Biblioteca Barberini de Roma*.

sobrecogido el Papa, aquel mismo día, de un súbito desmayo, tuvo que diferirse el consistorio para el día siguiente. En él se resolvió rehusar todas aquellas exigencias. Cuando los cardenales encargados de las negociaciones llevaron al Rey semejante respuesta, replicó él: «Mis barones notificarán al Papa mi voluntad» (1). Entonces declaró el Papa que consentía en entregar á Civitavecchia, pero no entregaría en ningún caso el castillo de Sant-Ángelo; los emisarios consideraban con terror lo que iba á suceder (2).

En la Ciudad reinaba tal pánico, que los habitantes de ella enterraban todos los objetos preciosos (3). «El descontento del pueblo ha llegado á su colmo, — refiere á 6 de Enero de 1495, el enviado de Mantua, Brognolo; — las estorsiones son terribles, los homicidios innumerables, y no se oye otra cosa sino sollozos y lamentos. ¡No hay memoria de hombres, de que la Iglesia romana se haya hallado en tan triste situación!» «Es imposible, — escribía Brognolo dos días después, — que un tan grande ejército pueda permanecer mucho tiempo en Roma; pues las vituallas y el dinero empiezan á desaparecer. Hoy, con ocasión de una pequeña contienda entre franceses y suizos, se ha puesto en alarma todo el ejército, de manera que todas las calles estaban llenas de hombres armados (4). Los excesos de la brutal soldadesca se repitieron en los días siguientes, aunque el Rey había mandado erigir horcas en los sitios públicos (5). El Papa había huído, á 7 de Enero de 1495,

(1) Para completar las relaciones de Sanudo, Spediz. 170, y del Burchardi Diarium II, 219, cf. las *Memorias del cardenal Cesarini, cuya comunicación debo al Sr. Dr. Gottlob. Léese en ellas: *Die 5. Januarii post vespere Epiphaniae exutus pontificales vestes Papa in camera pistacii volens se iam reducere, subito quodam accidenti defecit (Alejandro VI padecía frecuentes desvanecimientos, v. arriba cap. 1), quem S. Severini card^{tes} et ego ad cameram audientiae pedibus non subsistentem reduximus, ubi maximis stomachi doloribus vexatus est; postea ad cameram quietis portavimus... Eo vesperi regis Francorum oratoribus S. D. N. responsum daturus erat, sed praepeditus ad diem sequentem distulit post missam cappellae; después de la misa se deliberó sobre las tres demandas de Carlos VIII. Omnia tria sacer senatus denegavit atque reiecit. Cod. citat. de la *Biblioteca Barberini de Roma*.

(2) V. en el apéndice núm. 29, la *relación de Brognolo de 4 de Enero de 1495. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Cf. Gregorovius VII³, 357 (4 edición 363).

(4) V. en el apéndice núms. 30 y 31, las *relaciones de Brognolo de 6 y 8 de Enero de 1495. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) Burchardi Diarium II, 219 sq. Allegretti 838. Cappelli, Savonarola 43. Es cosa cierta, que los franceses se entregaban á toda suerte de excesos, tanto en Roma, como en general en los Estados de la Iglesia; además de las rela-

al castillo de Sant-Ángelo, por el camino cubierto, con seis cardenales (Caraffa, Orsini, Juan Antonio de San Giorgio, Pallavicini, Juan y César Borja) (1); y no sólo había que temer por su seguridad, sino que se trataba para él, en aquel instante, de su misma existencia.

Cinco cardenales (Juan della Róvere, Ascanio Sforza, Pe-raudi, Savelli y Colonna) se hallaban de continuo en la comitiva del Rey (2), y de ellos salían apremiantes persuasiones, para que depusiera al Papa, elegido por simonía, y convocara un concilio para la reforma de la Iglesia. La palabra «reforma» era sólo un pretexto, como lo reconoció aun el francés Commines. «La acusación de simonía en la elección del Papa,—nota el mismo,—era fundada; pero el que la proponía, el cardenal Ascanio Sforza, era á quien se había pagado mejor su voto en el conclave». Una noticia posterior dice, que se llegó entonces hasta redactar la minuta del decreto de deposición contra Alejandro (3); pero, sin embargo, no estaba en los designios, ni tampoco en los intereses de Carlos VIII, ir tan allá.

«El Rey desea la reforma de la Iglesia, pero no la deposición de Alejandro», escribía entonces Briçonnet á la esposa de Carlos (4). Se ha vituperado agriamente, hasta la época última, al monarca francés, porque no aprovechó su victoria para aniquilar

ciones del embajador de Mantua, copiadas en el apéndice, cf. también Malipiero 330; Diario di S. Tommaso di Silvestro 25, y el despacho de Trotti, citado por Balan V, 334, n. 6, como también las relaciones de Boccaccio, publicadas en el Arch. st. napol. IV, 792, 794. Acerca de los elementos sospechosos que había en el ejército francés, tenemos el testimonio de Brantôme, sobre el cual llamó la atención Cantù contra Delaborde en el Arch. st. lomb. XV, 337-338. Cf. también Luzio-Renier, F. Gonzaga alla batt. di Fornovo 9-10.

(1) Sanudo, Spediz. 171. Burchardi Diarium II, 220.

(2) Sigismondo de' Conti II, 86.

(3) Commines VII, 15. La noticia sobre el decreto de deposición se halla en un *despacho de B. Navagero de 21 de Mayo de 1557 (Manusc. Foscarini 6255 de la *Biblioteca de palacio de Viena*), citado por Acton, *The Borgias* 355. El pasaje dice así: Sua S^{ma} (Paulo IV) entro a deplorar le miserie d'Italia et narrò l' historia dal principio che fù chiamato Rè Carlo in Italia da Ludovico Moro et Alfonso d' Aragona con li particolari del parentado fra questi due, la causa dell' inimicitia, il passar Rè Carlo per Roma, la paura di papa Alessandro di esser deposto, come publicamente dicevano li cardinali che vennero co' l' Rè tra quali erano S. Pietro in Vincola, che fù poi Giulio secundo; che furno fatti li capitoli della privatione da un Vicentino vescovo di [ilegible], all' hora auditor della Camera.

(4) Pilorgerie 135.

á su adversario; pero semejante juicio muestra un completo desconocimiento de las circunstancias reales.

A aquel Rey, joven y liviano, sólo podían atribuírsele serios designios de reforma de la Iglesia, donde, como en Alemania, no se le conocía bien. El francés Commines advierte: «Carlos era joven, y andaba harto mal acompañado, para poder realizar una obra tan grande como la reforma de la Iglesia» (1). Y Luis el Moro decía, con grande menosprecio, que el monarca francés debía comenzar la reforma por sí mismo (2). Respecto de la deposición de Alejandro, debió decirse Carlos, considerándolo fríamente, que las grandes Potencias, celosas ya de su fortuna, no presenciarian tranquilamente semejante paso, y que Maximiliano, los reyes de España, y Venecia, se hubieran puesto en tal coyuntura de parte de Alejandro VI. Tampoco se ocultaba al Rey, que hallaría resistencia contra la deposición del Papa en sus propios súbditos, á causa de la veneración que los franceses profesaban á aquél que, si bien personalmente indigno, consideraban no obstante como legítimo Cabeza de la Iglesia (3).

Aun prescindiendo de todo esto, ¿qué hubiera ganado Carlos con poner en lugar de Alejandro VI á Juliano della Róvere ó Ascanio Sforza? ¿No era mucho mejor aprovechar el estado de ánimo vacilante del intimidado Papa Borja, para obtener sus pretensiones? (4) De hecho, los conatos de Carlos VIII se dirigían á conseguir de Alejandro lo más posible, infundiéndole miedo y terror. Una amenaza se añadía á otra. «Dos veces,—refiere Commines,—se llegó á preparar la artillería francesa, como para un ataque» (5).

(1) Commines VII, 15. Cf. Péliissier, *Louis XII et L. Sforza* I, 47, sobre la corrupción de costumbres de Carlos VIII.

(2) Romanin V, 56. Respecto de las opiniones que corrían por Alemania, v. Chmel, *Urkunden zur Gesch. Maximilians I*, 56. Briçonnet aseveró en Florencia la solicitud de Carlos por la reforma de la Iglesia, como se saca de Cappelli 46-47. Muy justamente dice Cipolla 720: un animo leggero ed effeminato quale era quello di Carlo VIII, diveniva perfino ridicolo mettendosi a predicar la morale. Según eso, hay que corregir á Ranke, *Studien*, 223.

(3) Ulmann, *Maximilian I. I*, 278 s. Delaborde 515, 528 s., 533. Sobre la veneración que los franceses tenían al Papa, v. Burchardi Diarium II, 219 y el pasaje, notable en otro concepto, de Sigismondo de' Conti II, 86; v. además *Hist. Jahrb.* VII, 320. Contra las conjeturas de Gregorovius VII³, 359 s. cf. los testimonios citados por Balan V, 333 s.

(4) Delaborde 515.

(5) Commines VII, 15. Esta noticia que se halla en Bernáldez es puesta en duda por Rossbach, *Carvajal* 43, sin fundamento alguno. Probablemente Com-

Si Alejandro VI había creído hasta entonces, que el castillo de Sant-Ángelo podría resistir un cerco, á 10 de Enero de 1495 hubo de persuadirse de lo contrario; pues, por la noche, se vino á tierra, por su propia caducidad, una gran parte del muro de la ciudadela. No quedaba apenas otro recurso que ceder. «Y aun cuando lo que se exigía era muy grave,—escribe Segismundo de' Conti,—concediéndolo, no obstante, el Papa, por el temor de las armas» (1).

Los artículos del convenio de 15 de Enero de 1495 fueron los siguientes: César Borja acompañaría durante cuatro meses al ejército francés, con el carácter de cardenal legado (realmente en rehenes); Hixem sería entregado al Rey para el tiempo de la expedición contra los turcos; á pesar de lo cual, el Papa seguiría percibiendo los 40.000 ducados de su pensión anual, lo mismo que antes; los cardenales, barones y ciudades, aliados de los franceses, y asimismo el Prefecto de la Ciudad, obtuvieron una completa amnistía. El cardenal Juliano conservaría á Ostia, la legación de Aviñón y todas sus demás posesiones y beneficios. Al cardenal Peraudi se le confirmaron sus obispados, y el cardenal Savelli volvió á obtener la legación de Spoleto. Los cardenales podrían en adelante salir de Roma según su beneplácito. El Papa concedió al ejército francés libre paso por todo el Estado de la Iglesia, y entregó al Rey Civitavecchia. Para las ciudades de la Marca de Ancona y del Patrimonio, se nombrarían gobernadores que fueran del agrado del Rey, y esto mismo se observaría, durante el tiempo de la expedición contra Nápoles, para los legados de la Campaña y el distrito marítimo. El castillo de Sant-Ángelo quedaría en poder del Papa, á quien se entregarían también las llaves de la Ciudad, después de la partida de Carlos. Este prestaría obediencia al Papa; no le vejaría en los asuntos temporales ni eclesiásticos, antes bien le ampararía contra todo ataque. En lo tocante á la capitulación electoral, se pondrían de acuerdo el Rey y el Papa (2).

mines la supo de boca del mismo Carlos VIII; v. Kervyn de Lettenhove, *Lettres et négociations de Ph. de Commines II* (Bruxelles 1868), 208.

(1) Sigismondo de' Conti II, 92; cf. Zurita V, 54. Sobre el derrumbamiento de la muralla del castillo de Santángelo, v. Burchardi Diarium II, 220; Sanudo, Spediz. 171, y Diario Ferrarese 290.

(2) Molini I, 22-23. Thuasne II, 661 s. Sanudo. Spediz, 185 s. Bernardi I, 2, 43 s.; cf. Segismondo de' Conti II, 88 s.; es difícil admitir la autenticidad del discurso que trae este cronista, pero es importante el dato siguiente: *Inflexit animum regis sapiens et vera oratio: sed multo magis largitio Alexandri qua penitiores regis amicos corruperat*. Cf. Delaborde, quien por lo demás, en la

Acerca de la investidura de Nápoles, nada contiene este convenio; pues Alejandro se mantuvo firme en este punto, así como en lo tocante al castillo de Sant-Ángelo. Fué también de grande importancia, haber podido el Papa evitar todo menoscabo de su potestad eclesiástica; lo cual disgustó extraordinariamente á los cardenales de la oposición. Ascanio Sforza y Lunati se marcharon en seguida; y el cardenal Peraudi parece haber llegado al extremo de dirigir al Papa en su presencia los más duros reproches (1). Pero el más irreconciliable de los irreconciliables era Juliano della Róvere. Por dos veces procuró personalmente mitigarle Carlos VIII; pero fué inútil: Juliano no se fió de Alejandro VI, aun cuando éste, por un breve particular, le ofreció todas las seguridades imaginables (2), y prefirió quedarse con Carlos VIII.

El mismo día 16 de Enero de 1495, en que los cardenales Sforza y Lunati partieron de Roma, fué el monarca francés, por invitación del Papa, al Vaticano, donde se habían dispuesto para él las llamadas *stanze nuove*. Alejandro VI pasó por el camino cubierto, desde el castillo de Sant-Ángelo, y Carlos se apresuró á salirle al encuentro, hallándose ambos donde el camino cubierto desemboca en el jardín. Después de los primeros saludos, pidió Carlos desde luego para su privado y amigo Briçonnet, el rojo capelo, y el Papa accedió inmediatamente á este deseo; después de esto, se hicieron al Rey todos los honores imaginables (3). A 18 de Enero se ratificó

p. 518 entiende mal el artículo relativo á la capitulación electoral; v. también Heidenheimer, *Correspondenz* 560 s. Foucard, *Carteggio dipl.* (Napoli 1879) 44 y además Balan V, 336.

(1) Burchardi Diarium II, 233 con el aditamento: *si sui verum mihi retulerunt*. Cf. Schneider, Peraudi 44 s., y Heidenheimer, *Correspondenz* 567. Véase también el despacho del embajador del duque de Este, de 16 de Enero de 1495, en el Arch. st. napolit. IV, 791.

(2) Sanudo, Spediz. 196. Brosch, Julius II, 68. En 28 de Enero de 1495 está fechada también una papal **Declaratio super benef. obtenta para Julián de la Róvere*, Regest. 869, f. 239; *ibid* 235 Jo. Bapt. S. Nic. in carcere et Jo. S. Mariae in Aquiro cardinalibus datur absolutio por haberse ausentado de la Curia sin autorización, D. 1494 [st. fl.] Cal. febr. A.º 3.º; f. 246º. La misma absolución para el cardenal A. Sforza, D. R. 1494 [st. fl.] prid. Cal. febr. A.º 3.º *Archivo secreto pontificio*.

(3) Burchardi Diarium II, 222 sq. Sanudo, Spediz. 185 sq. Senarega 545. *Acta consist. del *Archivo consistorial* y despacho del embajador del duque de Este, de 16 de Enero de 1495, publicado en el Arch. napolit. IV, 791-792. Sobre las pretensiones de Briçonnet al cardenalato, v. Delaborde, 274 s. En Roma, la Memoria de Briçonnet (cf. Cardella 268 s. y los estudios de Dunoyer y Pélissier

oficialmente el convenio, y al día siguiente se presentó Carlos VIII en el consistorio, para prestar al Papa la obediencia. El Rey hizo las tres genuflexiones prescritas, besó al Papa el pie y la mano, después de lo cual se levantó éste y le abrazó. El presidente del Parlamento de París, de Ganay, declaró que su Rey había venido para prestar obediencia; pero pidió antes al Papa algunas gracias, principalmente la investidura de Nápoles. Alejandro VI dió una contestación evasiva; á pesar de lo cual, Carlos prestó la obediencia, pronunciando en francés las palabras prescritas: «Santo Padre: he venido para ofrecer á Vuestra Santidad obediencia y reverencia, como lo hicieron mis predecesores, los reyes de Francia.» Estas palabras las declaró de Ganay todavía más, diciendo: que su Señor reconocía á Alejandro como verdadero Vicario de Cristo y sucesor de los Apóstoles San Pedro y San Pablo (1).

El peligro grave de Alejandro VI había pasado, y éste había obtenido el reconocimiento del soberano de Francia y conquistador de Italia. El Papa se mostró agradecido, nombrando cardenal, á 21 de Enero, al primo del Rey, Felipe de Luxemburgo (2). A 25 de Enero, fiesta de la conversión de San Pablo, se dirigieron el Papa y el Rey, con gran pompa, acompañados de cardenales y embajadores, desde San Pedro á San Pablo, para dar á conocer así á todo el mundo su alianza (3). «Alejandro VI,—refiere el embajador milanés,—se esfuerza de todos modos por cumplir los deseos de los franceses; todas las expectativas, reservas y gracias se les conceden á ellos» (4). El enviado de Ferrara creía saber con certeza, que Carlos había obtenido la investidura de Nápoles y había sido nombrado emperador de Constantinopla. Semejantes voces se difundían también por otros conductos en Italia y Alemania; pero

citados en el Arch. st. ital., 5 Serie, XV, 107) va unida á la iglesia de la SS. Trinità de' Montí, para la cual el dicho cardenal hizo traer el mármol.

(1) Burchardi Diarium II, 226 sq. y despacho del embajador del duque de Este, de 14 de Enero de 1495, publicado en el Arch. st. napolit. IV, 793.

(2) Panvinius, 334, traslada equivocadamente este nombramiento al año 1497, Cardella, 270, al año 1496; con la fecha indicada en el texto hállase mencionado en el Burchardi Diarium II, 233, en el *despacho de Brognolo, de 22 de Enero de 1495 (apéndice n.º 32. *Archivo Gonzaga de Mantua*) y en las *Acta consist. del *Archivo consistorial*.

(3) Burchardi Diarium II, 234 y **relación de Brognolo, de 28 de Enero de 1495. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) V. Apéndice, n.º 32. *Relación de Brognolo de 22 de Enero de 1495. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

en realidad, el Rey, fuera del convenio de 15 de Enero, no había obtenido más que el nombramiento de dos cardenales franceses (1).

De día en día hacíase más difícil sustentar en Roma el ejército francés, y tampoco tenían fin las contiendas de los habitantes con la grosera soldadesca; y si Carlos VIII difirió á pesar de esto su partida, se puede conjeturar que le movió á ello la esperanza de alcanzar aún la investidura de Nápoles. Sin embargo, se equivocó en esto enteramente. Cuando á 28 de Enero de 1495 se despidió del Papa, entrególe éste sólo la bula que permitía á su ejército el paso por el Estado de la Iglesia (2).

Favorecido por un tiempo hermoso, se dirigió Carlos VIII por la misma Vía Latina que había elegido Carlos de Anjou doscientos veintinueve años antes para marchar á Nápoles. En Marino le esperaban los cardenales Juliano della Róvere y Peraudi, y allí supo el Rey la abdicación de Alfonso II. Atormentado de una tan delirante congoja, que le hacía levantarse del sueño clamando: «que oía á los franceses, y que los árboles y las rocas gritaban Francia»; había huído aquel despótico soberano á Sicilia, dejando á su inexperto hijo Ferrantino un Reino que se arruinaba y ante cuyas puertas estaba el enemigo (3).

En Veletri recibió Carlos VIII una muestra evidente de la mudanza que se había realizado en la actitud de las grandes Potencias por efecto de sus conquistas en Italia. Los embajadores de Fernando el Católico se querellaron ante él, de la manera indigna como se había tratado al Papa, de la ocupación de las fortalezas del Estado de la Iglesia, y finalmente, de la empresa contra Nápoles;

(1) Cf. Malipiero VII, 1, 329. Sanudo, Spediz. 188. Bernardi I, 2, 48. Foucard, Carteggio 46 y Arch. st. napolit. IV, 792, 794; XX, 533. Delaborde 522, 523. En una carta, perteneciente según toda probabilidad al mes de Diciembre de 1494, Maximiliano había protestado contra la desatención, que se atribuía á Carlos VIII, de tomar el título de imperator Graecorum; y rogaba á Peraudi desaconsejase al Rey este proyecto (v. Ulmann I, 272). Mas Peraudi había sido quien, en 6 de Septiembre de 1494, había alcanzado de Andrés Paleólogo, que vivía en Roma, la cesión de sus derechos sobre Bizancio en favor de Carlos VIII; v. Mém. de l'acad. d. inscript. (Paris 1751) XVII, 539-578. Cf. Pierling 234 s. Delaborde 405 da un retrato de Carlos VIII con las insignias imperiales, según un documento de la Coll. Gaignières de la Bibl. nat.

(2) Burchardi Diarium II, 236 sq. Sanudo, Spediz. 192 (con fecha equivocada de la despedida del Papa) y 195; cf. Delaborde 526. Sobre los excesos de los franceses, cf. el despacho de 22 de Enero, en Balan V, 337, n. 5. En su **escrito de 28 de Enero de 1495, refiere también Brognolo, que Carlos VIII se despidió del Papa ese mismo día. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Havemann I, 78-79. Reumont, Carafa I, 18 f.